



NUM. 2 PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 11 DE ENERO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



rio, atrozmente frio sigue el tiempo; su reinado se va haciendo insoportable, y si pronto no pasa, acabarán sus rigores por esterilizarlo todo. Los rios se hielan, las plantas perecen, los animales buscan el sol, un sol que tiene cara de convaleciente, llénanse los hospitales, y en fin, hasta el hombre mas laborioso pierde la gana de trabajar. Algo hay,

sin embargo, que no se huela: por ejemplo, el corazón del avaro y el corazón de la coqueta, pero si no se hielan, es... por la sencilla razon de que ya están helados, porque en ellos reina constantemente una temperatura de carámbano. Todas las cosas se resienten, mas ó menos, del frio reinante: la bolsa, el teatro, los paseos, el comercio: la bolsa baja, los teatros no se llenan, los paseos se ven poco frecuentados; al contrario, el brasero, la estufa y la chimenea son buscados con afan creciente.

Pero ¿quién dijo frio? ¡Fuera pereza! Salgamos de casa, á ver lo que ocurre en esos mundos de Dios, y lo que por los primeros pasos del año nuevo puede esperarse de él para lo sucesivo; por el hilo suele sacarse el ovillo.

En el vecino reino de Portugal ha habido cambio de gabinete, á consecuencia de la agitacion producida por los nuevos impuestos, aceptados por las Cortes el año último. En Lisboa y Oporto las manifestaciones fueron tumultuarias, pero se calmaron asi que se tuvo noticia de la caída del ministerio.

Las circulares menudean: en una de las últimas del gobierno francés, se declara que el objeto de la Conferencia sobre los asuntos de Roma, es sólo distribuir entre las naciones que á ella acuden el grave peso de la responsabilidad que Francia habia echado sobre sus hombros: sostener una difícil armonía en la Italia libre hasta el Adriático, y el poder temporal en el patrimonio de San Pedro.

En Bélgica continúa el movimiento contra el actual sistema militar. Varias personas notables de Bruselas y los delegados de las primeras ciudades del reino, han acordado establecer una sociedad con el título de *Liga para la abolición de las quintas*.

La crisis ministerial italiana se resolvió por fin, quedando al frente del gobierno el general Menabrea: la lentitud con que se ha resuelto, revela de un modo indudable las muchísimas dificultades que ofrece la situación del país, complicada con las que presentan las relaciones exteriores.

El gobierno austriaco aumenta sus armamentos y fortificaciones; en Cracovia se construirán algunas nuevas, y la frontera de Galitzia recibirá considerables refuerzos militares.

Bismark está de enhorabuena, puesto que ya han reconocido la Confederación de la Alemania del Norte, Inglaterra, Austria, Rusia, Italia y Francia.

Llega á tal punto la alarma en Inglaterra con motivo de las travesuras de ese misterioso duende llamado *fenianismo*, al que la imaginación novelera del pueblo atribuye un poder diabólico, que ha llegado á temerse por la seguridad personal de la reina Victoria, universalmente querida y respetada. Los habitantes de Co-wes la ofrecieron dar por sí mismos la guardia en el palacio de Osborne, donde actualmente reside; á lo cual contestó que no experimentaba temor alguno, y que les agradecía aquel testimonio de fidelidad y adhesión. Siguen adoptándose numerosas precauciones en los puertos, arsenales, cárceles y plazas fuertes, para evitar golpes de mano.—El número de agentes de policía que últimamente han jurado su cargo en Inglaterra, se valúa en 100,000: además, el gobierno ha enviado á los Estados-Unidos muchos de sus agentes mas linceos y mas diestros, para que le pongan al corriente de los trabajos de los fenianos, los cuales se asegura que tienen allí su cuartel general.

Habiéndose dicho que el gobierno inglés iba á suspender el *habeas corpus*, el *Observer* de Londres de-

clara prematura esta noticia, añadiendo que existen medios legales bastantes para acabar con el fenianismo en Inglaterra.

Por último, en el mismo Reino Unido de la Gran Bretaña, se repiten con frecuencia manifestaciones en favor de la Iglesia Católica y del poder temporal.

El movimiento insurreccional de Candia va en aumento, pues se extiende hacia la parte oriental del territorio, que hasta ahora no habia tomado una parte tan activa en la lucha contra las autoridades otomanas.

Los despachos transmitidos por el cable, siguen anunciando huracanes y terremotos en diversos puntos de América. Solamente en Puerto-Rico se han sentido en el breve espacio de ocho dias, ciento catorce oscilaciones, ocasionando numerosos hundimientos de edificios públicos y particulares. Profundamente sentimos las desgracias que afligen á nuestros hermanos de Ultramar, y que han producido la ruina de innumerables familias.

Haiti continúa siendo teatro de escenas horribles. El general Montes parece que ha sido asesinado en la cárcel, por orden del presidente Salnave. Los pormenores de este asunto espantan; refiérese que dicho general fue primero envenenado, y que el carcelero le deshizo despues la cabeza con una barra de hierro. A un hermano de Montes, que se hallaba preso en la misma cárcel, le obligaron á presenciar el acto. No es, por tanto, extraño que infinidad de familias huyan de aquel país salvaje.

El capitán Long, que manda el buque ballenero *Nilo*, ha sido el primero que ha arribado á las costas de las tierras polares, situadas á los 78° 30'. El terreno es muy elevado, y las tierras bajas, donde no se ha visto nieve, se hallan cubiertas de una hermosa y abundante vegetación.

Dice un periódico que dentro de breves dias comenzará el derribo de la manzana de casas que hay frente del teatro del Príncipe, cuya demolición dejará al mencionado coliseo formando uno de los frentes de la espaciosa plaza de Santa Ana, hoy del Príncipe Alfonso, la cual se convertirá en un elegante mercado de pájaros y flores.

Escita la curiosidad del público una cabeza, producto artificial (segun se deduce del anuncio de la empresa) que, habla, íbamos á decir que por los codos. No hay que admirarse de ello; es un espectáculo que

se ve todos los días. Por eso puso, con razón, el fabulista en boca de la zorra esta intencionada seguidilla:

Dijo la zorra al busto
después de olerlo:
«tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.»
Como este hay muchos,
que aunque parecen hombres
sólo son bustos.

Un libro de poesía acaba de ver la luz pública. Títulase *El drama del alma, algo sobre Méjico y Maximiliano*. Con decir que este libro es de Zorrilla, ocioso parece añadir que encierra bellezas de primer orden. En la parte que pudiéramos llamar histórica, por lo que se relaciona con los sucesos á que dió origen el establecimiento del último imperio mejicano, hasta su ruina y el desgraciado fin de aquel príncipe, el poeta juzga, así el país y los acontecimientos de que fue teatro, como los partidos é intereses que lo dividían, los hombres que mas influencia han tenido en sus destinos, y la conducta de las naciones europeas que mas ó menos directamente contribuyeron al cambio radical de las instituciones. Considerando el libro como un desahogo del corazón de su autor, á quien unian vínculos de simpatía y de gratitud con la familia imperial, rasgos hay en él de tan comunicativo sentimiento que el lector no puede menos de asociarse á la pena del poeta, que en todo el libro ha derramado á manos llenas las ricas flores de su inagotable inspiración. Pero cuando vemos á Zorrilla de regreso en España, cuando recorre los lugares donde pasó los primeros años de su vida, entonces su inspiración toma la sencillez, el colorido y el sabor legendarios que hacen de él un poeta singularísimo. De buena gana copiaríamos toda esta parte de su obra, pero habremos de contentarnos con reproducir en el lugar correspondiente los versos en que recuerda á su madre, dignos compañeros de los que con el título de *Las hojas secas* la dedicó en otro tiempo, y que tanto eco halló en todos los corazones.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

CANTOS POPULARES DE INGLATERRA.

Inglaterra es uno de los países donde los monumentos de la poesía popular han ocupado mas á los eruditos y á los críticos. Esta poesía, que en otras partes se conserva por la tradición oral, ha sido en Inglaterra objeto de investigaciones y de trabajos notables que se han publicado principalmente en el siglo actual. Si examinamos las numerosas colecciones inglesas y las comparamos con la poesía popular italiana, encontraremos entre ambas una diferencia muy marcada. Un idioma mas áspero, una inspiración lírica menos brillante, aunque tal vez mas elevada y un sentido músico menos abierto, será lo que hallaremos desde luego entre los ingleses. La poesía popular de España y de Italia lleva en sí el sello de su origen latino, y manifiesta desde luego que ha nacido bajo la cultura griega y latina; la poesía popular inglesa no tiene nada de común con los griegos ni con los latinos; por su rudeza, se asemeja á la poesía germánica, aunque no es tan dura como ella, pero al mismo tiempo tampoco tiene las imágenes grandiosas, ni nos pinta las terribles escenas que vemos con tanta frecuencia en los cantos de los sombríos poetas de la Germania y la Escandinavia. Bajo un cielo riguroso, el carácter del hombre se endurece y la religión misma parece tomar un carácter mas sombrío. Y sin embargo, si interrogamos esas vivas manifestaciones en que se revela la vida moral de un pueblo, es preciso reconocer en los ingleses ciertas cualidades superiores, como por ejemplo el amor al hogar doméstico, que estendiéndose llega á ser el espíritu nacional, un sentimiento profundo de la dignidad individual y un vigor característico que imprime su sello aun á las ficciones de las leyendas. Con estos caracteres generales, la poesía se mezcla á la existencia ocupada y concentrada de los pueblos septentrionales, como á la vida fácil y expansiva de los meridionales. La expresión de esta poesía es, sin embargo, distinta en ambos; en los primeros, sencilla, y en general pobre de imágenes, está impregnada de cierta melancolía hija, por decirlo así, de la naturaleza del Norte; en los segundos, es mas brillante, mas apasionada y mas viva, pero no llega al grado sublime de energía á que suele llegar la primera cuando describe escenas sangrientas ó cuando canta los altos hechos de los héroes que ensalza.

En Inglaterra, la poesía popular ha ocupado la atención de los eruditos desde hace mucho tiempo, y literatos muy distinguidos han manifestado el interés que les excitaba esta clase de poesía. Las obras de Shakespeare están llenas de estribillos de canciones populares, y sir Felipe Sidney en su *Defensa de la poesía*, dice, que siempre que oía la antigua balada de Percy y Douglas (Chevy-Chace) su corazón se estremecía como si oyera la trompeta; y el clásico Addison, en

El Espectador, comparaba esta misma balada á las obras maestras de la antigüedad. El sensible Goldsmith declaraba tambien que el recuerdo de una sencilla canción (Johnie Armstrong's lament) que habia oído en su infancia, le hacia conmovirse hasta derramar lágrimas.

Sin embargo, fuera de estas predilecciones personales, estas curiosidades poéticas no habian entrado aun en el dominio de la literatura, cuando el obispo Percy publicó en 1765 sus «*Restos de la poesía antigua*,» que tuvieron gran número de ediciones, á las que siguieron una multitud de publicaciones del mismo género. Desde entonces, muchos literatos y eruditos se empezaron á ocupar en este estudio y dieron á la luz gran número de trabajos, no sólo con relación á Inglaterra, sino tambien á Escocia y á Irlanda. Esta poesía tiene una verdadera importancia para el estudio de una nación, y tal vez contribuye mas que ninguna otra cosa al conocimiento del carácter y de las tendencias de un pueblo.

Desde los primeros siglos de su historia, los ingleses han dado una grande importancia á la canción popular. «Guillermo el Conquistador, dice un cronista, hizo venir del reino de los francos, además de Taillefer que cantaba muy bien, á un gran número de cantores y de juglares á quienes pagaba para que cantasen en alabanza suya en las plazas públicas;» primer homenaje prestado por el astuto normando á la importancia política de la canción. El primer monumento conocido de la canción política en Inglaterra, es una especie de prosa latina rimada, del tiempo de la guerra de los barones en el siglo XIII, donde se encuentran ya bajo una forma pedantesca y clerical los principales argumentos en favor de la Gran Carta y los primeros indicios de los tres poderes que deben concurrir para formar la constitución británica. En versos franco-normandos é ingleses se puso en canción tambien la mala fe de Eduardo II, que se habia retractado de su confirmación de esta Gran Carta. Las canciones de los siglos XIV y XV están casi todas dedicadas á celebrar las derrotas y contratiempos que los franceses sufrieron en sus guerras con los ingleses y el buen éxito de estos últimos; así se encuentran, una sobre la toma de Calais en 1347, otra por la victoria de Azincourt en 1415 y otras muchas por el estilo que seria prolijo enumerar. En estos siglos se escribieron tambien una multitud de canciones satíricas en latin, contra la corte romana y contra las costumbres de los frailes. En dichas canciones, la mayor parte escritas por hombres que pertenecian á la Iglesia, se advierte ya como un preludio del gran cisma del siglo XVI; en ellas se reconoce el humor fácil de los primeros reformadores ingleses, que como Lutero, eran aficionados al vino y á las canciones alegres. Sin embargo, á esta generación de reformadores que se acomodaban fácilmente, sucedió otra sombría y fanática, y las sátiras rimadas que se cantaban en el siglo XV espresan bien todas las malas pasiones que animaban á Wiclef contra el papa, los bienes eclesiásticos, etc., etc., y la reforma que tomó poco á poco entre los ingleses el carácter que la habian dado Zwingle, Knox y Calvino alteró el carácter nacional é hizo perder á la poesía popular sus mas graciosas formas. En la Inglaterra antigua todo era alegre; alegres, los compañeros de Robin Hood; alegres, los ciudadanos de las buenas villas, y alegres las fiestas populares y religiosas, porque la devoción misma era alegre y de buen humor. La reforma suprimió una multitud de fiestas relacionadas con los recuerdos de los santos de la Iglesia romana y un gran número de pasatiempos rústicos, pero el presbiterianismo y el puritanismo llevaron aun mas lejos esta medida. Todo lo que se asemejaba á la alegría quedó proscrito, á lo menos en el terreno legal, y sólo se conservó en el secreto del hogar doméstico. La canción que se mezclaba á todos los placeres, fue tratada como rea de Estado. En 1533, se espidió un mandato, que se renovó diez años después, para suprimir «las rimas, las canciones, las baladas y otras fantasías.» En 1550, la autoridad civil y eclesiástica de Escocia prohibió «las rimas y baladas que se refieren á las cosas y á las personas de la Iglesia católica.» Un historiador grave cita un estatuto de policía que ordenaba á los jóvenes de ambos sexos que bailasen puestos de espalda unos á otros, porque el calor del aliento inspiraba malos pensamientos. Para reemplazar los alegres estribillos de otros tiempos, compusieron «canciones piadosas y espirituales, arregladas de las rimas profanas, á fin de evitar el pecado y el libertinaje.» En estas reformas, hechas de este modo, hay ejemplos singulares, que nada tienen de edificantes.

Otra causa tambien contribuía á la decadencia de la canción en aquella época. La imprenta, que fijaba los versos y la música al principio en rollos de pergamino, luego en colecciones llamadas guirnalda, quitaba á los cantares una parte de su prestigio y de su popularidad. De este modo se vió al antiguo *menestrel*, honrado en otro tiempo con la protección de los príncipes y de los reyes, reemplazado por el cantor vulgar de baladas, al que un estatuto de la reina Isabel igualaba á los mendigos, á los vagabundos y casi á los malhechores; y en la misma época, mientras las desgracias de María Stuart inspiraban mas de un romance senti-

do, su rival Isabel escribía estrofas que espresaban un odio implacable contra ella y contenian amenazas que desgraciadamente se realizaron.

En tiempo de Jacobo I, se adoptó un estilo mas alegre para ridiculizar á los escoceses pobres que buscaban fortuna en la corte del rey su compatriota.

El período de la gran guerra civil produjo muchos cantos impregnados de las pasiones de aquella época, en que la violencia no excluía el ridículo. Los republicanos, á la verdad, no cantaban mas que salmos, por lo que se adoptó esta forma para parodiar su salmodia gangosa. Tal es, por ejemplo, el Salmo de gracias, «hecho para que se cante con tono nasal,» dice la instrucción que le acompaña. La Marcha de Marston Moor respira el fanatismo brutal que une en un odio común contra Carlos I, á los presbiterianos escoceses conducidos por Leslie y á las tropas del Parlamento mandadas por Cromwell. La melodía que Ritson nos ha conservado, es salvaje como las palabras, y se adapta bien á las extrañas modulaciones de la cornamusa.

Si los republicanos apenas conocian la musa de la canción ó la trataban rudamente á su modo, en cambio los caballeros, hombres de saber y de costumbres elegantes, distraían con infinidad de poesías graciosas los pesares del destierro ó del cautiverio. En ellas se encuentran, en efecto, el valor desdeñoso y la ironía de gran señor que caracterizaron á aquel partido en diferentes épocas. David Loyd ha conservado algunas de esas canciones, que son una verdadera muestra de este estilo.

La restauración dió su nombre á una canción que nos pinta la alegría del primer momento y la especie de expansión que siguió á la caída del partido de los puritanos y al fin de la gran guerra civil. Entonces hubo una multitud de canciones y poemas realistas, pero la ilusión duró poco. «El lamento del caballero» nos pinta un viejo realista que, como él dice, no sacó mas de su viaje á la corte que el placer de haber visto al rey. Todos los rostros eran nuevos para él; ninguno de los que habia visto en otro tiempo en York ó en Marston Moor estaba allí, por lo cual se alejó de la corte considerando que los servicios antiguos son tan inútiles como los calendarios de años que ya pasaron.

En la época de la revolución de 1688, estuvo muy en boga una canción, que algunos atribuyen á Lord Wharton, y que tenia por título *Lilli-Burlero*. Se compuso en 1686 con motivo del nombramiento del general Talbot, papista furioso, para la lugar-tenencia de Irlanda. El estribillo era, segun parece, el grito de los católicos irlandeses cuando los asesinatos de los protestantes en 1641. «Jamás, dice el obispo Burnet, una cosa tan pequeña produjo un resultado tan grande; esta loca balada causó en el ejército del rey una impresión de que no es posible formarse idea, á no haber sido testigo de ello. Al principio, la repitió el ejército entero, luego el pueblo de las ciudades y de los campos, y no contribuyó poco á consumir la ruina de la dinastía de los Stuarts.» Hé aquí una estrofa de ella: «Una antigua profecía encontrada en un pantano dice que Irlanda será gobernada por un asno y por un perro. Lilli-Burlero, Bullen-a-la.

Hoy se cumple esta profecía; Talbot es el asno y Jacobo el perro. Lilli-Burlero, etc.»

Las tentativas jacobinas de 1715 y de 1745, que la política tiene tal vez el derecho de juzgar con severidad, no podían dejar de sonreír á la imaginación. La fría razón estaba por la casa de Hannover, la poesía por el partido de los Stuarts. En efecto, ¿cómo no apasionarse por el joven caballero, tan hermoso, tan valiente y tan galán, sea que rompiese el baile en Holy-Rood con alguna bella y leal dama de Edimburgo, sea que se sirviese en la batalla de Culloden de la *claymore* del montañés de Escocia? El poeta escocés Hogg ha recogido una parte de los poemas compuestos en favor de esta causa y los ha publicado bajo el título de «*Poesías Jacobitas*.»

La poesía, que habia ensalzado el esplendor del triunfo pasajero del partido de Stuart, permaneció mucho tiempo fiel á la desgracia. Una multitud de romances tiernos pintaron las desgracias de los vencidos; entre estos romances se distinguen los de Jimmy Dawson, Las lamentaciones de Strathallan, y la Despedida de Lochaber, balada melancólica que el doctor Cameron entonó yendo al patíbulo y que hizo llorar á todos los que la oyeron. En vano Francia, siempre hospitalaria, se esforzaba en servir de asilo y de patria á los que habian huido de las persecuciones y del caldoso; los pobres refugiados exhalaban en versos melancólicos el sentimiento de verse distantes de su patria y de su familia. Muchas de estas composiciones son notables por lo elevado de las ideas. Al mismo tiempo, los que se habian librado de la muerte y del destierro, desde el fondo de la Escocia volaban con el pensamiento mas allá del Océano para ir adonde estaba Carlos. Una de estas composiciones dice así:

«Juro por lo que hay mas sagrado, que si tuviera mil vidas todas las daría por Carlos. En otro tiempo tenia hijos, ya no me queda ninguno. ¡Dios sólo sabe con cuántos trabajos los habia criado! ¡Y bien! querria verlos nacer, crecer y perderlos todos por Carlos.»

No hay nada comparable á esta abnegación, mas que

la amargura que exhalan otras estrofas en que se echa en cara á algunos hombres, que han abandonado la causa de la desgracia para volverse hácia la casa de Hannover.

Mientras que este Carlos Stuart, objeto de tantas esperanzas y simpatías, envejecia oscuro y sin esplendor, la casa de Hannover, prosiguiendo sus destinos, concluía por unir á su causa los intereses, la abnegación y hasta la poesía misma. En efecto, hoy se sabe casi con certeza que el himno inglés «Dios salve al rey» al que frecuentemente se ha atribuido un origen francés, apoyándose para ello en memorias apócrifas, fue una manifestación de la reacción hannoveriana contra la insurrección jacobita de 1745. Entonces vió la luz por primera vez en una revista inglesa y se cantó en los teatros de Londres con acompañamientos compuestos por los doctores Burney y Cooke, los que afirmando que el primer verso había sido primitivamente «Dios salve al gran Jacobo», declararon que no conocían al autor de la melodía.

Después de la insurrección jacobita, el acontecimiento que ha dado lugar á mas canciones en Inglaterra es, sin duda alguna, la invasión proyectada primero por el Directorio y después por Bonaparte; pero estas canciones brillan mas bien por el número que por el mérito: esta idea de una invasión extranjera no produjo poesías como las que los poetas alemanes Körner, Arndt y Uhland publicaron contra los franceses cuando el levantamiento patriótico de 1813 que, según dice Mr. Rathery, de quien hemos tomado lo que antecede, son obras maestras admiradas por los mismos á quienes condenaban al odio y á la destrucción.

M.

(Se concluirá.)

GEOGRAFIA Y VIAJES.

FILIPINAS.

(CONTINUACION.)

La calle del Rosario, cuya vista, tomada desde la casa del señor Vizmanos, es adjunta, es una de las mas principales y concurridas de la provincia de Manila por su posición topográfica, sus buenos edificios, sus anchas aceras y la infinidad de tiendas chinas de comercio que contiene; y hasta llegará á ser hermosa, cuando se sustituya la especie de cobertizos que hoy la afean en gran parte, por un soportal ó galería corrida como la ya iniciada en el nuevo pasaje de Norzagaray, no siendo un despropósito decir, que el estado de riqueza y cultura de una población, de nada puede inferirse mejor que de su ornato público; y si bajo tal concepto y por lo que representa la calle que nos ocupa, fueran á calcularse los adelantos del país filipino, no hay duda que se le consideraría á una altura mucho mas elevada que la que imparcialmente debe concedérsele, mientras que por desgracia no tenga muchas calles como la del Rosario.

Hay en la capital del archipiélago varias casas de recogimiento para las jóvenes solteras, que se llaman *Beaterios*, en donde ejercen las labores propias de su sexo y se dedican á las prácticas religiosas. Usan todas un traje igual, que no deja de tener algo de pintoresco. Llevan una ancha falda ó saya negra de lana ó de seda; algunas de ellas, que por lo regular son españolas, visten el manto antiguo, también negro, atado á la cintura y echado sobre la cabeza, que se usó en tiempos pasados en toda España. Otras, llevan una mantilla (*lambó*) de piña ó de otra tela mas ordinaria, de color de castaña amoratado, y con mucho lustre de gomas; esta mantilla va suelta y únicamente prendida en la cabeza: á algunas jóvenes les sienta bien y les hace suma gracia.

La india ó cigarrera elegante de Manila y Cavite, es así mismo un tipo especial. Aunque su traje es en la esencia idéntico al de las restantes indias, según hemos dejado apuntado anteriormente, en la forma, el *tapis* lo lleva hoy la india rica con mas coquetería que hace algunos años. Es un mero adorno de menguadas proporciones que le da cierto aire de desaliño, y que parece puesto por casualidad y como cayéndose, al mismo tiempo que ciñe su esbelta cintura. Es esencialmente limpia, y sus baños en el río y en los *esterros*, son hasta repetidos en un mismo día. De joven, borda en piña con destreza y habilidad extraordinarias; y concluye una pechera sombreada, con la mayor perfección. Corta con gracia una camisa de *sinamay*; y además de ataviarse ella misma con sus labores, la sirve su trabajo para vivir con mas desahogo. Toca el arpa con destreza, y con ella se acompaña, cantando en tono triste y voz algo nasal, el *cundiman* en tagalo, y el *Hobenhamet* ó arrullo en español. Es en extremo aficionada á las fiestas y procesiones de los pueblos.

La mestiza española de buena fortuna, también se distingue de las demás de su raza por el valor de las alhajas con que se adorna, por el calzado lujoso que lleva (como digimos en otro lugar), y que es en extremo gracioso cuando se encierra en él un pie blanco,

diminuto y de sonrosado talón, y porque toca el arpa y el piano con la perfección que es posible á quien ha aprendido sin principios ambos instrumentos. Para la mestiza, constituye el baño un verdadero placer, y acude á él á menudo con sus amigas, en *banca* (bote) con alegres músicas, ó en carruaje. Nada muy bien y se deleita en esta ocupación largo tiempo: en tales días, deja suelta su abundante cabellera hasta que se seca perfectamente; oye misa en las fiestas de guardar, y besa respetuosamente la mano de sus padres, después de rezar la oración por la noche. Sus manjares predilectos son las golosinas del país.

El gobernadorcillo de Filipinas es otro personaje original, que, aunque parece de poca importancia por sus pequeñas proporciones, es de lo mas interesante para el gobierno y prosperidad del país. Las órdenes emanadas del superior gobierno y de los señores alcaldes mayores, poca utilidad podrían producir en el archipiélago, sin la humilde y leal cooperación de los gobernadorcillos de los pueblos. Estos, son los que se llaman en España *alcaldes pedáneos*, y son la autoridad municipal ordinaria encargada en cada lugar de su gobierno inmediato. Transigen en su principio las demandas litigiosas, las divergencias que se suscitan, y oyen las quejas ó reclamaciones. En asuntos criminales, forman las primeras diligencias sumarias, y con los reos, las remiten al superior juzgado: actúan siempre con dos testigos acompañados, y hacen las veces de escribanos públicos. Conocen y fallan las demandas civiles cuya cantidad no exceda de 25 pesos, según unos, y de dos tael de oro, según otros. Las faltas ligeras pueden juzgarlas y castigarlas con algunos azotes. Se hallan obligados á cuidar de la tranquilidad pública, buen orden y policía del pueblo de su mando, y hacer cumplir y ejecutar las órdenes superiores, para lo cual tienen á su disposición suficiente número de subalternos, llamados *tenientes*, que en casos dados les suceden en el mando. Cuentan además con un juez de policía, con otro de sementeras, para que éstas se elaboren á su debido tiempo, para dirimir las diferencias entre amos y criados, y castigar á los morosos ó holgazanes. Y por último, tienen otro juez de ganados, para que éstos no carezcan de sus marcas y en los tiempos de siembra estén guardados en sus pastos.

No contamos los alguaciles, ni tenientes de barrio, todos sujetos y subordinados á las órdenes del gobernadorcillo.

Otro de los seres racionales y notables de Filipinas es el *cochero*, el cual se forma de un indio audaz que se compromete á dirigir un par de caballos, sin que haya precedido para ello ensayo alguno. Su título consiste en la palabra que da ante el amo de desempeñar bien su cargo. Andrés, Luis, Felipe, Pancho, ó como se llame, ha sido antes que cochero, *bata* ó *librea*, portero, mozo de cuarto, sota y cocinero; porque es de advertir, que en Manila y Cavite, desde la cocina á la cuadra hay un sólo paso. Luego que la inesperienza del cochero ha puesto á prueba la solidez del carruaje y el sufrimiento de los caballos, y que ha agotado la paciencia y el bolsillo de sus primeros amos, empieza á figurar como cochero experimentado. Reducido á sus propias fuerzas, sólo con el transcurso del tiempo y resabiando caballos, consigue dirigirlos medianamente; así es, que es muy raro el que llega á manejar las riendas con alguna maestría, y por eso puede uno asegurar sin temor de equivocarse, que de cada ciento de los que van en el pescante, los noventa y cinco no saben ser cocheros. El que llega á despuntar, se engríe sobremanera, y no quiere servir mas que á un amo rico, que posea pareja de mucho trote, para que los caballos que guíe *pasen*, trotando, á los demás. Viste el traje de los restantes indios, ó la librea que su amo le entrega para que se engalane, y no desperdicia ocasión en que pueda lucrarse medio peso, ya cercenando la ración de miel y palay, que han de comer los caballos, ya confabulándose con el *zacatero* y admitiéndole menor número de manojos de yerba que los estipulados, para partir como buenos hermanos, á fin de mes, el importe de la diferencia.

La *Buyera* tampoco deja de ocupar un puesto distinguido entre los pobres indios. Es la mujer que vende el sabroso masticatorio de que tanto uso hacen aquellos, compuesto de betel, cal y areca, ó como dice la buyera, de *icmo*, *apog* y *bonga*. La buyera habla poco, y no canta mas que en la cuaresma, que la emprende con las lamentaciones de Jeremías, y á voz en cuello se ocupa de esto toda la noche. La buyera es una crónica viva de la población; á todos conoce, y hasta sabe la historia de cada uno, porque su tienda es un punto de reunión donde se murmura de todo. Cuando tiene su *ligao* ó novio, es indispensable proveerle de cigarrillos á cada paso, y hasta de dinero. Limpia como es, sencillamente vestida y sentada en su *lanca-pe* partiendo bongas y doblando buyos, es el símbolo de la laboriosidad; con un capital muy pequeño, se enriquece y enriquece á otros.

El indio anciano lleva en sus manos un pequeño instrumento que parece una geringa de caña, pero es un canuto grueso con un mango de madera. Este aparato, se llama *calicut*, y le sirve para machacar la nuez de bonga y el betel, que con la adición de un poco de cal de ostras, apagada, constituye el buyo. El

vicio que tienen los indios de masticar este compuesto, es tal, que con mas resignación soportan el hambre y la sed, que no la falta del buyo. El traje de los filipinos ancianos se distingue del de los jóvenes, en que es mas sencillo y holgado. Un pantalón ancho de guingon y una camisa de *sinamay* ó de algodón con las mangas dobladas y el cuello suelto, forman todo el equipo con que cubren su cuerpo. La cabeza y los pies van desnudos ordinariamente, pues sólo para preservarse de los rigores del sol ó de la lluvia suelen llevar un sencillo *salacot* y una especie de sandalia. El *calicut* acompaña al *matandá*, y en los momentos en que no hace uso de él, lo lleva colocado entre la pretina ó la correa que sujeta al pantalón. Aun cuando la vejez es precoz en aquellas latitudes, por lo mismo que la juventud es anticipada en comparación con los países distantes de la zona tórrida, no es raro hallar en Filipinas longevidades notables. Se ven personas á la edad de 70 años ocupadas diariamente en las rudas faenas del campo. El indio viejo es por lo común apacible y benévolo, y gusta mucho del juego de cartas conocido con el nombre de *panguingui*.

(Se continuará.)

BERNABÉ ESPAÑA.

BIOGRAFIA.

CÁRLOS DICKENS.

En el lugar correspondiente de EL MUSEO de hoy verán nuestros lectores el retrato del célebre Carlos Dickens, uno de los primeros novelistas de costumbres del siglo actual. Sus obras han dado la vuelta al mundo y gozan el privilegio de interesar á toda clase de personas, señaladamente por sus buenas tendencias morales, la verdad de sus personajes y un estilo que une á la sencillez propia de sus narraciones, en su mayor parte familiares, la delicadeza mas esquisita. Todas sus producciones obtienen un éxito extraordinario; y hoy mismo nos anuncian los periódicos extranjeros que el gran novelista está sacando de sus lecturas públicas en los Estados-Unidos, cuantiosos productos. No hay noche—dicen—que no expendan 2,000 billetes, á dos duros cada uno.

Carlos Dickens, hijo de Juan, pagador de marina, nació en Portsmouth en 1812. Después de la guerra, su padre dejó el servicio y con una corta pensión fué á Londres como redactor parlamentario de un diario. Su hijo Carlos fué colocado de escribiente en el estudio de un abogado; pero sus inclinaciones literarias lo indujeron después á solicitar una colocación de redactor del *Morning Chronicle*, que entonces se hallaba en el apogeo de su fama, bajo la dirección de Juan Black.

Notando éste el fácil ingenio del novel redactor, le asignó el puesto de crítico de uno de los teatros de Londres, donde en efecto no tardó en desplegar las facultades que para la crítica y la sátira le había dotado el cielo, al nacer, con larga mano, publicando una serie de artículos en dicho diario, bajo el título de *Reseñas sobre la vida y el carácter inglés*, que después, de 1836 á 1837, aparecieron coleccionados sólo como *Reseñas por Boz*.

Casi simultáneamente con dichos artículos apareció una ópera cómica de su pluma, titulada *Las coquetas de la aldea*. La gráfica facultad de describir las escenas ordinarias de la vida común, mayormente por su lado ridículo, no se escapó á la fina observación de los señores Chapman y Hall, quienes le rogaron escribiese un cuento ó novela, para distribuirse por entregas mensuales; y el resultado fue la publicación de las *Memorias póstumas del club Pickwick*. Trató «Boz» el asunto de una manera tan fácil, gráfica y natural, y con tales rasgos de verdadero chiste, que el autor se halló levantado en el concepto público, casi de un sólo paso, al rango mas eminente entre los novelistas de la época. Ilustrados al principio por el lápiz de Seymour y posteriormente por el de Hablot K. Browne, tuvieron una salida inmensa *Los papeles de Pickwick*, y en 1838 se reveló al mundo el nombre del autor.

Visto el buen éxito de *Pickwick*, naturalmente varios editores en Londres se apresuraron á hacer ofertas á Dickens; de lo cual resultó un contrato entre él y Bentley, quien aseguró sus servicios para redactar su *Miscelánea*, en el segundo número de la cual apareció en febrero de 1837 la primera entrega de *Oliverio Twist*. Este cuento, que se publicó completo en tres tomos, en 1838, revela al lector algunos secretos de la vida que con harta frecuencia llevan los acogidos á los hospicios, lo mismo que las madrigueras del vicio y todo género de villanías, por desgracia abundantes en Londres y en las demás poblaciones grandes. Admirablemente ilustrado por el lápiz de Jorge Cruikshank, *Oliverio Twist* llegó á ser uno de los libros mas interesantes para todo lector inglés, y todavía se considera como la mas feliz de las producciones del autor.

Entretanto, apareció *Nicholas Nickleby*, por entregas de á schelin cada una, en la misma forma que *Pick-*

wick, inmediatamente después de la terminación de esta obra. Se escribió *Nickelby* para exponer en detalle las crueldades que se cometían, y mucho es de temer que aun se cometan, con los huérfanos y otros niños abandonados de la clase media, en las escuelas baratas de Inglaterra, especialmente en algunas de los condados al Norte de Londres. De todos modos, Dickens, en un prefacio que puso al frente de dicha obra, afirma que las revelaciones que contenía, se fundaban en hechos de que él mismo podía dar testimonio, habiéndolos observado en una visita de inspección a una escuela de las campiñas de Yorkshire.

En 1840, Dickens empezó la publicación de un cuento, ó mas bien serie de cuentos, por entregas semanales. Se publicaron bajo el título de *El reloj del señorito Humphrey*, y contenía, entre otros cuentos, los que después se han reimpresso bajo distinta forma, bajo los nombres de *La tienda de curiosidades antiguas*, célebres por el episodio de *Elenita*, tan notable por su elocuencia y sencillez y de *Barnaby Rudge*, historia escrita para ilustrar las orgías desenfrenadas atribuidas al lord Jorge Gordon en 1780.

De allí en adelante no cesó de moverse la hábil pluma de Carlos Dickens. Hacia la época en que se publicaron los cuentos de *El reloj del señorito Humphrey*, aparecieron las *Memorias de José Grimaldi*, el célebre payaso, casi la única producción de su pluma en que tuvo que inventar.



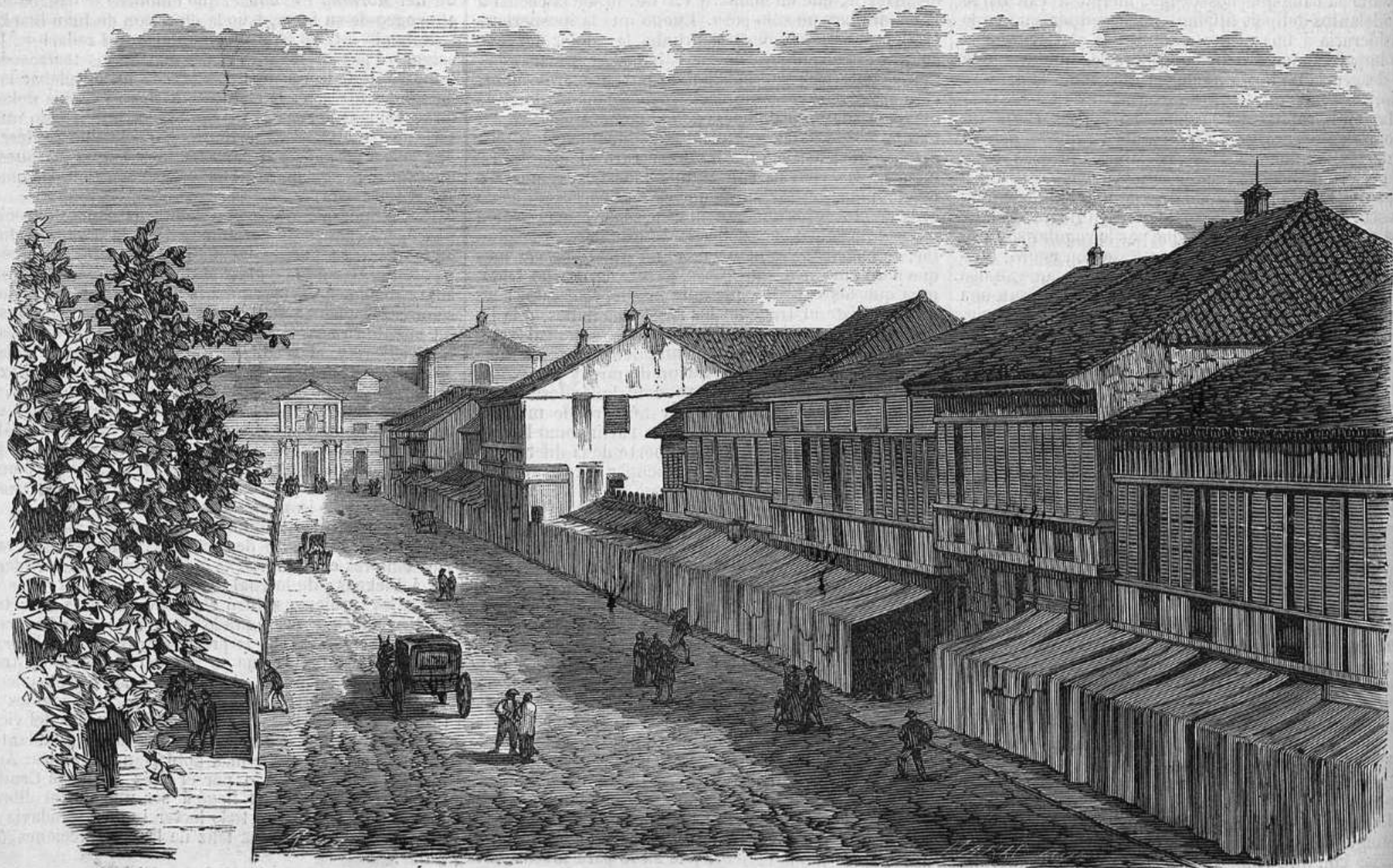
EL CÉLEBRE NOVELISTA INGLÉS CARLOS DICKENS.

Inmediatamente después de la terminación de estas obras, Dickens se embarcó para América, con el objeto de recoger los materiales de un libro sobre los hombres y las costumbres de los norteamericanos.

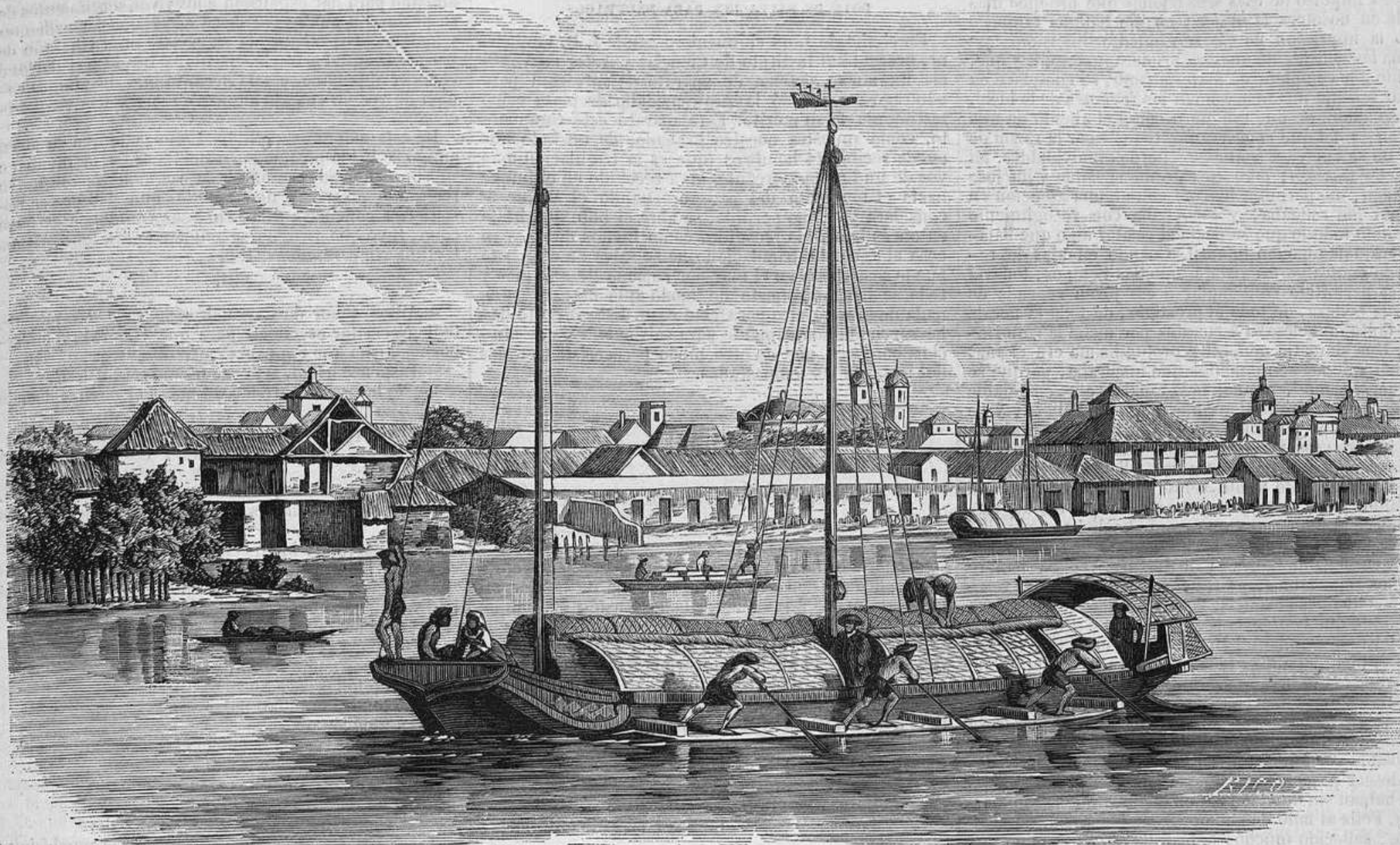
Al cabo de unos cuantos meses, sin embargo, Dickens se separó de la redacción del *Daily News*, y volvió a ocuparse de la composición de historietas chistosas, variando las entregas mensuales, con la publicación de

Durante su visita, recorrió gran parte de los Estados Unidos, reunió infinidad de datos y apuntes, los cuales dió á luz á su vuelta á Inglaterra, en 1842, en la forma de un grueso volumen que tituló: *Notas americanas para general circulación*. Este libro causó mucho escozor á los americanos, de tal modo que no faltó quien le replicara con otro que por ironía se tituló: *En cambio de las notas americanas*.

En 1844, Dickens publicó por entregas su *Martin Chuzzlewit*; y en el verano del mismo año viajó por Italia, dando á luz subsecuentemente muchas de sus observaciones sobre ese país en las columnas de *Daily News*. Vuelto á Inglaterra, en el curso de 1845, sugirió la fundación de un diario barato, que debía abogar con energía por la extensión de las ideas liberales y la educación secular en el país, y combatir fuera contra los poderes despóticos y arbitrarios. Habiendo organizado una redacción vasta y completa, y llamado en su auxilio á los principales escritores de la época, empezó la publicación del *Daily News* el primero de enero de 1846, haciendo él de editor y contribuyendo á su amenidad, como ya hemos mencionado, con sus bosquejos del mediodía de Europa, bajo el calificativo de *Cuadros de Italia*, que en adelante se reimprimieron en forma de libro.



FILIPINAS.—LA CALLE DEL ROSARIO.



FILIPINAS.—CAVITE Y UN CASCO.

cuentos de carácter mas ligero y fantásticos, que tituló *Libros pascuales*. El primero de estos, *Un villancico*, apareció en 1843; el segundo, *Las Gamas*, se publicó en las pascuas de 1845; el tercero, *El Grillo en el Hogar*, siguió en 1846; el cuarto, *La batalla de la Vida*, en el mismo año; el quinto, en fin, *El hombre acosado y el contrato con el Espíritu*, en 1848.

Fuera de estos, Dickens ha publicado las novelas de costumbres *Dombey é hijo*, de 1847 á 1848; *Historia de David Copperfield*, de 1849 á 1850; *La pequeña Dorritt*, en 1866, como tambien *Un cuento acerca de dos ciudades*, *El viajero no comerciante*, *Tiempos malos* y *Grandes presentimientos*, que vieron primero la luz pública en el periódico semanal *Todo el año*.

En 1850, Dickens empezó la publicación de un periódico semanal titulado *Household words*, es decir, *Palabras domésticas*, que dirigió por varios años seguidos, pero habiendo reñido con los editores, terminó su publicación en 1859, y empezó la de otro bajo el mismo plan y forma, que tituló, *All the year round*, ó lo que es lo mismo, *Todo el año*, que aun ve la luz pública bajo su dirección. En 1864, el infatigable novelista empezó á publicar por entregas otra obra de imaginación y con grabados titulada, *Nuestro mútuo amigo*.

Dickens se ha distinguido tambien mucho como actor aficionado, y ha sido uno de los fundadores de El Gremio de Literatura y Arte, como asimismo un activo promotor del fondo de la Biblioteca real. El carácter de sus escritos es eminentemente satírico, sin tocar nunca en la mordacidad, ni descender al chiste vulgar y chocarrero.

LITERATURA.

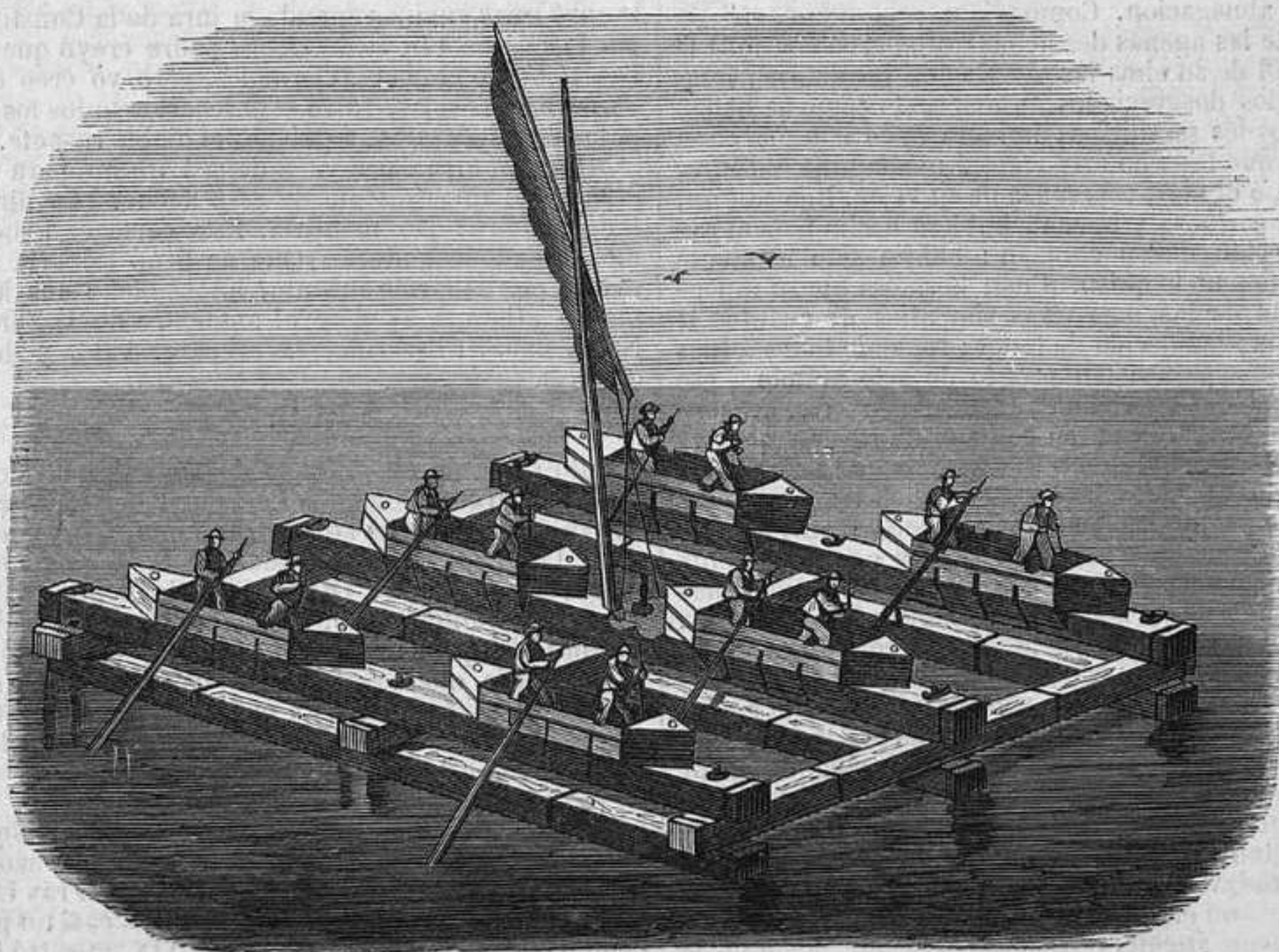
UN ANGEL.

Los ángeles en el mundo
no están bien y se van presto.
SUAREZ BRAVO.

He visto pocas mujeres que se pareciesen por su belleza física, por sus cualidades morales, por su claro entendimiento á esos seres que nuestra imaginación se complace en creer los mas perfectos que han salido de las manos del Criador. Pocas, sí, he conocido, pero felizmente he conocido alguna, y he podido convenirme por completo de que no era ese un tipo fantástico forjado por los poetas. Desgraciadamente, desapa-

recen muy pronto de entre nosotros, yendo á aumentar el número de los ángeles en el cielo. Aunque joven todavía, tambien puedo esclamar con Víctor Hugo: «¡Cuántas jóvenes he visto morir yo!» Y esas han sido precisamente, tal vez por una casualidad providencial, si puedo espresarme así, las mejores de entre las buenas. Nuestra mente goza al hermanar la hermosura con la bondad, no porque siempre lo hermoso sea bueno, puesto que hay vasos preciosos que contienen un breva repugnante, sino porque esa inclinación, innata en nosotros, proviene del deseo, de la necesidad diré mejor, de que la belleza moral se vea completa-

da por la belleza física. Por mucho que se admire á la mujer buena; por mas que nos hallemos dispuestos á concederle una perfección superior á la del mayor número, nos desconsuela ver que, por no ser su cuerpo hermoso tambien, no podemos forjar en nuestra mente mil quimeras que nos halaguen y cautiven. «Hermoso es el bien por sí; pero en una hermosa mas,» ha dicho Hartzenbusch, lo cual llena por completo mi pensamiento. Es esto tan cierto, que á la mujer bella la dispensamos con facilidad ciertas imperfecciones que no nos hallamos dispuestos á perdonar á la que no lo sea.



BOTE DE SALVACION PARA NAÚFRAGOS.

Hace muchísimo tiempo veía yo á menudo á una jóven hermosa y pura como una creación de Murillo. Era yo entonces muy niño, y mi corazón no palpitaba todavía á impulso de esas sensaciones que produce mas tarde en nosotros la mujer: no me hallaba tampoco bajo la impresion de ese sentimiento dulcísimo que forma las delicias de nuestra primera juventud, y que, exento por completo de materialismo, se complace en llevar nuestra imaginación por las regiones de lo ideal, de ese amor, en fin, tan puro como el aliento de una virgen, y del que conservamos todos—por la razón de que no se vuelve á sentir—recuerdos inolvidables. Mi carácter travieso, pero en extremo sensible y juicioso también, me permitía fijarme con alguna atención en cuanto me rodeaba, y escuchaba con recogimiento profundo todo lo que se decía al relatar algo que halagase mi imaginación infantil. Cuando en alas del recuerdo contraigo mi vista á aquellos tiempos, todavía me es permitido contemplar á esa jóven rodeada de toda la belleza, de todo el prestigio, de toda la poesía que tanto embelesaba á cuantos por dicha la conocieron. Una simpatía general y profundísima era el mas pequeño de los sentimientos que inspiraba, porque se la quería como hermana, se la amaba como envidiable amiga, se la admiraba como perfecta belleza, y se sentía, en fin, por ella, algo parecido al sentimiento que inspiran los seres inmortales que habitan en esas regiones donde tiene asiento una felicidad eterna. Era imposible de todo punto verla sin amarla; pero con ese amor puro, sosegado y tranquilo que eleva y engrandece al hombre, y que, como he dicho, tiene algo de veneración. ¡Oh cuán hermosa era! Una sonrisa triste, pero llena de bondad y de dulzura, vagaba siempre por sus rojos labios, y sus negros rasgados ojos, velados por luengas pestañas, llevaban impresa una tierna inquietud que conmovía profundamente. ¡Cuánto amor revelaba su semblante! Retratábanse en él toda la paz, todo el bien del alma, toda la ternura de su fe; intensa palidez la cubría realzando su belleza, porque era la palidez de la azucena. Su voz dulcísima parecía el eco de un sonido lleno de armonía que se pierde en lontananza. Imposible contemplarla sin enternecerse; imposible ver aquella jóven tan bella, pero tan triste, sin desear poseer la clave de los profundísimos dolores que habían sin duda dejado en ella una huella tan marcada. Feliz al lado de su familia, había quizá, no obstante, padecido mucho; habían tal vez muerto en flor sus ilusiones; acaso había amado, y este sentimiento que en las almas vulgares deja imperceptibles señales de su paso, deja grabado un nombre, con caracteres de fuego, en las almas de temple superior. Y esas almas, que aman demasiado—si es que puede haber exceso en el amar—necesitan encontrar un alma gemela, y no hallándola casi nunca, sienten de continuo un deseo insaciable de vagar por las regiones de lo infinito; recuerdan su elevado origen; saben que han descendido del cielo por complacerse Dios en dar de vez en cuando á los mortales nuevas pruebas de su omnipotencia, y pensando de continuo en esas regiones donde se goza de felicidad inefable, sufren dolores no comprendidos del mayor número hasta que Dios las llama de nuevo á su lado. Y su peregrinación por el mundo no es estéril: ejemplo vivo de todas las virtudes despojadas de inútil austeridad, revestidas de dulcísima melancolía, llenas de encanto y de belleza, conmueven hasta los corazones empedernidos y alcanzan en ellos una victoria completa.

Y la vida de esa jóven fue una vida de amor, de caridad y abnegación. Conmoviase profundamente de dolor ante las ajenas desdichas; celebraba con toda la sinceridad de su alma las alegrías de los demás; consolaba á los desgraciados, y dispuesta como se hallaba á todos los sacrificios, hubiera dado con placer su vida, porque Dios no arrancase á una familia el padre, la madre ó el hijo, esperanza de su vejez. Hija sumisa, hermana cariñosa y buena, hubiera hecho feliz al esposo querido de su corazón: habría sido excelente madre. Dios no lo quiso. ¡Cuán hermosa fue su muerte! Objeto de las mas vivas simpatías de cuantos la conocieron; bendecida de todos; rogando todos á Dios porque no separase tan pronto de este mundo á ese modelo de todas las virtudes; rodeada de todas las personas que ocuparon en su corazón un lugar preferente; sonriendo á todos con una sonrisa que nadie había visto vagar en otros labios; diciéndoles mil palabras consoladoras que hacían creer con toda seguridad que aquella separación sería muy breve y que volverían á verse para no separarse jamás, exhaló su último suspiro en medio de las lágrimas de cuantos la rodeaban... Y cuando el espíritu había ido de nuevo á gozar de las eternas bienaventuranzas, dibujábase todavía en aquellos labios descoloridos una sonrisa, pero que ya no era aquella sonrisa impregnada de eterna melancolía; era una sonrisa llena de una felicidad imposible de sentir y de comprender. «¡Era un ángel!» exclamaba todo el mundo, ahogada la voz por los sollozos. Y cuando después de tanto tiempo oigo evocar su inolvidable recuerdo, todavía los labios balbucientes, revelando lo que siente aun el corazón, dicen con apasionado acento: «¡Era un ángel!»—¡Dichosos los que dejan en la tierra recuerdos tan gratos é imperecederos!

E. ARISTO FÁBREGA.

INVENTOS.

BOTE DE SALVACION PARA NÁUFRAGOS.

En el año de 1858 el ingeniero conde J. B. Contarini, presentó al Instituto de Ciencias y Artes de Venecia un nuevo sistema de aparato de salvación para náufragos, y recibió la gran medalla de plata como testimonio de su mérito. Este aparato está compuesto, como muestra nuestro grabado, de un bote que puede recibir 24 hombres (que es la tripulación mayor de un buque mercante) y va recogido en el buque hasta el momento del peligro; cuando el buque se considera ya como perdido, se abre el bote que hasta entonces había ido recogido, como hemos dicho, y se echa al agua. La tripulación que se salve en este bote puede sostenerse en el mar por espacio de seis días y todo se halla dispuesto de modo que no carezca de nada de lo necesario para este caso. Este invento debe servir indudablemente para salvar la vida de muchos hombres, que de otro modo perecerían víctimas del furor de las tempestades.

COSTUMBRES.

EL POETA EN LA TERTULIA DE CONFIANZA.

I.

«Señor don Jacinto Carvajal. Mi apreciable amigo: suplico á usted se tome la molestia de honrar mi casa esta noche á las nueve; hallará usted ocasión de lucir su envidiable talento poético; pues son los días de la niña y quiero celebrarlos en una reunión de confianza, donde el buen gusto armonizará con la franqueza. No he invitado mas que á las familias de don Silvestre, el boticario, y de don Zenon, el administrador, á mi amiga doña Mónica y á los vecinos del principal y del segundo. De consiguiente, puede usted venir sin ceremonia y lo agradecerá su afectísima segura servidora

Q. B. S. M.,

LORENZA DE CORDIALES.»

—¡Qué suplicio! ¡Qué compromiso! Maldita sea la manía de las reuniones. ¿Quién habrá sido el vengativo que á doña Lorenza habló de mis versos? Debe ser mi enemigo mas implacable. Debe ser un hombre feroz ó una Eva verdadera. ¡Vaya una fatalidad! Y á las diez tengo una cita con Rosarito. Y no puedo faltar, porque es la única chica que me roba el sueño. Y luego, ¡ya se ve! la niña—que es tonta de capirote—se llama Socorro, y será preciso hacerle unos versos á propósito.

¡Socorro, cielos, Socorro!

¡Socorro, San Cucufate!

Voy á hacer un disparate, porque de miedo me corro.

Y tengo que ir. No hay remedio. Si dejo de complacer á doña Lorenza, se quejará á mi padre, y éste me llamará desagradecido y desatento, y no me abrirá su bolsa como de costumbre, etc., etc. Todo ¿por qué? Porque el difunto marido de doña Lorenza, médico casi tan bueno como el celeberrimo doctor Sangredo, le curó unas anginas cuando la jura de la Constitución por Fernando VII; es decir, mi padre creyó que se las había curado el doctor Cordiales, pero yo creo que se curaron ellas solas, salvo el parecer de todos los discípulos de Hipócrates, á quienes el diablo respete.

¿Qué disculpa daría yo á doña Lorenza para evitar el horrible aburrimiento de esta noche? ¿Le diré que tengo fiebre? No mentiría. Esta carta endemoniada me ha dado calentura. ¿Que no llegó la carta á mis manos por hallarme ausente? Imposible! Doña Mónica me ha atisvado ayer en el anfiteatro de la Zarzuela. Nada, nada. El sacrificio se prepara. Valor y abnegación.

II.

Esto gritando en el fondo de su gabinete don Jacinto, esperó resignado la hora fatal del sacrificio, las nueve de la noche de aquel día en que, á instancias de doña Lorenza, tendría ocasión de lucir una vez mas su envidiable talento poético ante las familias de don Zenon el administrador, don Silvestre el boticario, los vecinos del principal y del segundo, y doña Mónica, viuda verde que solía pintarle, con tiernísima solicitud, los infinitos peligros á que se hallan espuestos los jóvenes solteros, y la gran necesidad que tienen de mujeres de gobierno.

Ya casi conocen ustedes á don Jacinto.

Es un jóven de 22 años, de regular posición y de simpática figura. Es poeta, un poeta de corazón, un apasionado de Garcilaso y un discípulo de Fray Luis de Leon. Pero, comola verdadera poesía es casi un pecado capital entre los españoles del siglo XIX, nuestro héroe, en vez de buscar las alabanzas de los gacetilleros, poderosos tribunos de la prensa, que suelen elevar á los pues-

tos mas eminentes de la mal gobernada república de las letras, á individuos tan audaces como ignorantes, que de tanta elevación se asustan, se refugia en el seno de la amistad para dar expansión á los vivos sentimientos de su pecho. Su modestia le hace creer que los ardientes y melancólicos acentos de su poesía nunca habrán de traspasar aquel estrecho círculo, y se niega á darlos á conocer al público, y sólo permite que sus amigos copien de vez en cuando alguna de sus bellas composiciones.

De esta manera supo doña Lorenza lo que su jóven amigo se había obstinado en ocultarle, y le invitó en su consecuencia, á honrar su reunión de confianza recitando versos. Y don Jacinto, que siempre se resistiera á concurrir á las enojosas reuniones de buen tono, tuvo que resignarse acudiendo á la enojosísima tertulia sin ceremonia.

III.

—Adios, señor de Carvajal. ¡Qué caro se vende usted! ¡Necesitar escribirle para que viniera! ¡Y no habernos dicho que era poeta!

—Dispense usted, señora. ¿Cómo está usted?

—¡No haberse acordado de que son hoy los días de mi Socorro!

—Sí tal, pero... (yo si que necesito socorro.)

—Ven acá, hija mía; Socorro, ven acá, á reñir á este tunante.

—Voy al momento, mamá; me traerá unos versos.

—¿Y ustedes, señoras y caballeros, siguen ustedes bien?

—Gracias, muy bien, señor don Jacinto.

—Muy bien, gracias, señor de Carvajal.

—Gracias, señor poeta. ¿Vendrá usted dispuesto á improvisarnos unos versos lindísimos, eh?

—Usted me favorece demasiado.

—No, no; ya traerá hecha la composición.

—Y nos dirá una flor á cada una.

—Serán todas para Socorro.

—No tendrá tan poca galantería.

—Es muy amable.

—¿Quién al verla á usted, no lo parece un poco?

—Y luego, con tanto talento...

—Señora doña Mónica, usted me confunde.

—Yo no digo mas que lo que siento.

—Se siente muchas veces lo que se quiere.

Tal lluvia de impertinencias, y otras muchísimas que sería prolijo enumerar, asediaron al vate infortunado cuando entró en los salones de doña Lorenza.

En tanto la niña, la reina de aquella reunión ridícula, en donde nuestro héroe no pudo mirar un trage de buen gusto, ni escuchar una frase oportuna, una pollita de agraciada figura, que su vanidad infinita hacia superior á todo encarecimiento, sentada ante un piano tan antiguo como la juventud de su abuela y tan malo como antiguo, intentaba en obsequio de sus oyentes, que la contemplaban con la boca abierta, arrancarle algunas notas que se pareciesen á un wals de Straus.

Callaron durante un breve rato los circunstantes, momento de descanso para Carvajal, quien prefería á la lluvia de impertinencias el torrente de notas anti-armónicas, á la necesidad atrevida de la lengua la inocente inconveniencia de la tecla, y Socorro terminó su empeño en medio de una perfecta batahola de sonidos que instantáneamente se confundieron con estrepitosos aplausos.

—¡Magnífico! ¡Divino!

—¿Qué le parece á usted, don Jacinto?

—Igual que á ustedes; Socorro asombrará á todos los alumnos del Conservatorio, y á los mismos maestros.

—Improvisé sobre eso.

—Sí, sí, que improvise.

—Señores, yo bien quisiera, pero no he podido improvisar jamás.

—¡Vaya! ¡Y es poeta!

—¿Cómo quiere usted hacernos creer semejante cosa?

—Pues el memorialista de abajo, que no debe saber tanto como usted, improvisó el otro día unos versos muy bonitos á la doncella de casa.

(Se concluirá).

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

ALBUM POETICO.

FRAGMENTO DE EL DRAMA DEL ALMA.

...

Voy á buscar un lugar en donde tengo un altar en el que antes de morir quiero á mi ángel tutelar evocar y bendecir.

Allí, tras aquella loma, al pie de una torrecilla blanca como una paloma,

las pardas tejas asoma
de sus casas Quintanilla.

¡Bendito el pobre lugar
donde mi madre nació!
¡Bendito el modesto hogar
donde la luz á mirar
sus negros ojos abrió!

¡Bendito el aire que aliento
inspirando en su pulmon,
la dió vital sentimiento
con el primer movimiento
que imprimió á su corazón!

¡Bendita sea la estancia
de esta casa oscura y fría,
donde durmió en la ignorancia
angelical de la infancia
el sueño del primer día!

¡Bendita sea la campana
con que tocó á su bautizo,
y la fuente de que mana
el agua con que cristiana
el sacerdote la hizo!

Madre, á quien idolatré,
y con quien nunca viví,
y cuya vida amargué...
¡porque tal mi sino fué...
porque Dios lo quiso así!

Madre, de cuyo cariño
tan pocos años gocé,
de quien me apartaron niño,
y á quien, indócil lampiño,
yo obcecado abandoné:

¡Con cuánto afán busco ahora
cuanto dejaste tras tí!
¡Con cuánta fé mi alma adora
cuanto imagino, señora,
que guarda algo tuyo aquí!

De estas llaves y aldabones
de ventanas y portones
se aseguraron tus manos,
y sobre estos escalones
tus piecitos enanos.

Bajo este envigado techo
sonó aquella voz tan suave
que salía de tu pecho;
que Dios para ti había hecho
como el canto para el ave.

En este rincón tenías
tu lecho casto y modesto;
y aquí ante la luz ponías
el espejo en que veías
tu faz y tocado honesto.

Por estas calles pasaste,
por estas eras corraste,
en esta iglesia rezaste...
¡Madre! ¿Por qué no me ahogaste
cuando la vida me diste?

¿Por qué de la madre tierna
no pudo más el amor
que la vanidad paterna,
de quien nos tuvo el rigor
en separación eterna?

¿Por qué á extraños al fiar
mi padre mi educación,
antes que á tu hijo soltar,
no te dejaste arrancar
los brazos y el corazón?

¿Qué necesidad había
de lanzarme al mundo vano,
á mí que adorado habría
la ignorada medianía
del labrador castellano?

¿Qué nos importaba en él
con humos de alta nobleza
salir á hacer un papel,
si en la alma se torna hiel
el humo de la cabeza?

¡Aquí hubiéramos vivido,
madre, los dos tan felices!
¡Nos hubieran mantenido
tan bien sin gloria y sin ruido
nuestros granos y raíces!

Te hubiera aquí sin cesar,
pues que tu solo hijo fui,
día y noche hasta espirar
al calor de nuestro hogar
tenido yo junto á mí.

Nadie hubiera de mí hablado,
ni me hubieran aplaudido,
ni me hubieran coronado,
ni en su cámara sentado
me hubieran reyes tenido...

Pero hubiera sido honrado,
y feliz hubiera sido,
viviendo siempre á tu lado,
por tí en tu hogar cobijado
como el pichón en su nido.

Mejor que en tierras extrañas
en mesas de emperadores
¡oh madre de mis entrañas!
comiera yo en sus cabañas
pan tuyo con tus pastores;

Y cuando tus ojos Dios
cerrado hubiera á la luz,
al morir yo de tí en pos,
bastara para los dos
una tumba y una cruz.

¡Delirios!... hácia la mar
me arrastra ya mi deber.
¡Adios, villa, adios hogar,
que á ella la visteis nacer
y á mí venirla á llorar!

Virgen santa de Muñó,
soledad de Quintanilla,
á quienes mi madre y yo
orábamos cuando aun no
se hablaba de mí en Castilla;

Pues que ni vivió conmigo,
ni he de tener al morir
con ella en la tumba abrigo,
abreviadme ¡ay! el castigo
de mi vida porvenir.

Pues no me podeis volver
ni á la oscuridad de ayer,
ni á la calma de mi hogar,
ni á la que en él me dió el sér...
¡enviad tormentas al mar!

Que del buque en que á él me lance
vaya un huracán en pos,
y en él de mi muerte el trance
tan sólo á saber alcance
el mar en que le hunda Dios!

JOSÉ ZORRILLA.

COSTUMBRES.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

LA MUJER DEL CIEGO ¿PARA QUIÉN SE AFEITA?

III.

A las dos horas de haber comido, emprendió nuevamente Narcisa la tarea de la vestimenta. Justo es decir que, antes de todo, entró en la alcoba donde Luis descansaba, dióle algunos besos y hasta le hizo tomar por su mano dos cucharaditas de un jarabe calmante. El traje que despues se puso hubiera realzado extraordinariamente su hermosura, á necesitar su hermosura, para ser simpática, el auxilio de la modista; pero, en fin, tampoco la perjudicaba, y aun á los ojos de los que no comprenden que lo sencillo es cualidad de lo bello, debió hacerla mas encantadora.

Marcos se quedó velando al niño; Narcisa subió al carruaje que en la puerta de su casa se había parado, y en el que ya la esperaban su amiga Loreto y el intrépido Valentin, primo de la viudita americana, porque Loreto era viuda.

De allí partieron para el Real.

En frente del palco de Loreto, estaban Eladia y su mamá, señora que no lo parecía, por su fealdad; su facha ordinaria, su estatura gigantesca y sus formas estupendamente voluminosas que, cuando se ponía en pie, le daban el aspecto de uno de los monstruosos animales antediluvianos de que nos hablan los geólogos. Sin embargo, un hábil cronista de *soirées*, hombre-incensario, persona de estómago agradecido, reseñando la última dada por la gruesa matrona, tuvo el valor épico de llamarla simpática.

Al entrar Loreto y Narcisa en su palco, Eladia les disparó un beso, llevándose á la boca los dedos apinados por las yemas y abriéndolos rápidamente al separarlos de ella. Sus amigas correspondieron con idénticas demostraciones de afecto. Hubieran podido compararse estos besos á los dulces de pega que suelen regalarse en Carnaval, y que consisten en acibar con un baño de azúcar.

Contrastaba con la enormidad del volumen de doña Segunda, madre de Eladia, la sutileza corporal de Cándido, cuyo rostro, inmediato al purpúreo de su presunta suegra, visto de perfil asemejaba por lo agudo (según el lenguaje figurado de Valentin, que maliciosamente contemplaba este grupo) al cuchillo de un melonero calando una sandía.

La comparación de la cala dió mucho que reir, por lo propia, á Loreto y á Narcisa, las cuales ignoraban que Cándido, á su vez, abría con su lengua de acero la reputación de la mujer de Marcos, observando sen-

cillamente que era lástima diese con las apariencias pábulo á murmuraciones y hablillas, siendo, por lo demás, una excelente esposa.

—Eso mismo estaba yo pensando;—esclamó la corpulenta matrona.—¡Es chocante! Nunca se la ve con su marido.

—Lo peor no es eso; lo peor es, que se la ve á menudo acompañada de pajes como Valentin, cuya fama es suficiente por sí para empañar la virtud mas intachable.

—Además, yo no apruebo que una mujer casada y con hijos esté siempre correteando de acá para allá, y no piense en otra cosa que en adornarse y lucirse. Si todas hacemos lo mismo (añadió, como si hubiera paralelo posible entre ella y Narcisa, ni en físico, ni en edad, ni en nada), si todas hacemos lo mismo ¿qué dejamos para las solteras?

—Es claro—repuso Cándido, pidiendo una agudeza á su ingenio romo,—la mujer casada debe ser una especie de flor de estufa, que no conviene poner demasiado al aire libre, so pena de que una escarcha la hiele.

—¡Pobre Marcos! esclamó, en tono compungido la gigantesca doña Segunda.

—¡Hay nombres predestinados! observó Cándido, encogiéndose de hombros.

Observaciones análogas á estas se hicieron en otros palcos y butacas, por conocidos de los que eran objeto de ellas.

Adelina gorjeó como el ruiseñor de las selvas, en la *Sonámbula*, ese candoroso idilio de Bellini que reproduce los ecos vírgenes y melodiosos de la naturaleza. ¡Cómo cantaría la *diva*, cuando hasta doña Segunda interrumpió breves momentos, para oír, sus consideraciones morales sobre la vida del matrimonio, y sintió agitarse, de emoción, formando á manera de grandes oleadas, la maciza superabundancia de sus carnes!

A Valentin (otro prodigio) á Valentin, nacido y educado durante su infancia en una oscura aldea de provincia, asáltóle, asimismo, tal cual reminiscencia campestre, que le hizo distraer su imaginación del mundo cortesano y sonreírse de encontrar en su alma aquel olvidado resto de su primitiva inocencia.

Narcisa tampoco pudo sustraerse al poder de Amina, cuya voz inundaba el salón, desde la escena, con irresistibles corrientes de fluido magnético: pero el sentimiento despertado en su corazón por la magia del arte, alternaba sin eclipsarlo, con el recuerdo agradable de las frases que á su hermosura y á su adorno habían dirigido en un entreacto las visitas que recibió en el palco. Recordaba, por ejemplo, que un vejestorio de la alta banca, con mas conchas que un galápagos, le había dicho contemplándola estáticamente:

—¡Superlativa! ¡Admirable!

A lo cual, ella, ruborizándose, y no de enojo, respondió:

—¡Burlon!

Recordaba que Valentin le había preguntado:

—Narcisa, ¿usted sabe si en el cielo se estila el peinado á la Valliere?

Y que ella contestó:

—Eso quien debe saberlo son los ángeles.

Y que él repuso:

—Por lo mismo se lo he preguntado á usted.

Terminada la ópera, Loreto y Valentin dejaron á Narcisa en su casa, donde todos pudieron notar la satisfacción de que estaba poseída.

Y aquí el cronista tiene el sentimiento de declarar que, careciendo de facultades para introducirse en la alcoba de su heroína, le es de todo punto imposible decir si ésta soñó á voces con los triunfos de su vanidad exaltada por las lisonjas, ó con los deberes propios de su estado.

IV.

A los dos días de este acontecimiento teatral, recibió Marcos un anónimo, reducido á felicitarle irónicamente por la confianza inconcebible que tenía en la virtud de su mujer, á quien se comparaba á una colmena de esquisita miel que, rodeada de multitud de osos, sin colmenero que la vigilase, permanecía milagrosamente intacta. Entre los osos mas perseverantes, citábase á Valentin.

En la *soirée* á que poco despues convidó Loreto á Narcisa, ocupó ésta, según costumbre, un lugar de preferencia en el grupo de las solteras. Las mamás provecas y aun las casadas jóvenes, en general, formaban rancho aparte, ó no eran, al menos, objeto preferente de las atenciones asiduas de la juventud masculina. Gustábase á Narcisa el suave arrullo de aquellos palominos de frac negro y corbata blanca: decirla que era bella, elegante, discreta, espiritual; llamarla primero allí y despues en los periódicos, reina de los salones, sílfide vaporosa, hada de las *Mil y una noches*; ponderar en hipérboles nunca oídos lo aéreo, lo celeste de su traje, el brillo y el valor de sus aderezos, de sus pulseras, de sus joyas, era coronarla de laurel.

Durante la *soirée* bailó (iba á decir que de mala

ESCENAS DE LA VIDA CONYUGAL.



Hay mujer en estos tiempos
capaz, por un traje rico,
de llamar hermoso á un hombre
mas feo que el mismo Picio.

gana, pero no lo digo porque no es cierto) un pausado rigodón con su marido; algunas otras cosas con varios jóvenes, y tres veces con Valentin, sobre cuyo pecho reclinó su gentil cabeza, en unas habaneras, baile espresivo que la complacia en extremo por ser uno de esos en que una hermosa halla ocasion de ostentar mejor la dulce languidez de sus ojos.

Márkos, fingiéndose el distraído, pudo, no obstante, observar desde un ángulo del salon, donde con otros caballeros se entretenia en hablar de los asuntos del día, miradas maliciosas que alternativamente se fijaban en él y en Narcisa. Las habaneras en particular, que, otras veces, habia visto indiferente, le dieron mal rato en la noche de que se trata, y se comprende la causa: llovía sobre mojado; el anónimo le habia dado recientemente la voz de alerta, y su dignidad, puesta de centinela, principiaba á echar el *quien vive* á todo acto sospechoso. Respetos y consideraciones que es ocioso indicar, le impidieron á la sazón arrojarle al cuello de Valentin y estrangularlo en medio de la sala. Pero Márkos era hombre de claro juicio, y un instante de reflexion fue suficiente para mirar bajo un punto de vista imparcial, lo que tanto le habia indignado. ¿Quién era el verdaderamente culpable de los tres, él, Narcisa ó Valentin? O mejor dicho; ¿quién era el más culpable, puesto que los tres podrian ser acusados? La conciencia de Márkos, hay que consignarlo en elogio de su rectitud, le condenó á él mismo en primer término. Si él, por efecto de una condescendencia criminal, no hubiese dado á Narcisa mas alas de lo que á su tranquilidad convenia, Narcisa quizá no hubiera abandonado tan á menudo el hogar doméstico, para hacer escursiones peligrosas, buscando una libertad que la mujer casada que se respeta halla siempre en la dulce esclavitud que la imponen sus deberes de esposa y de madre.

Con todo, aquella noche adoptó Márkos una resolución, que á la mañana siguiente puso en conocimiento de Narcisa, cuando ésta se preparaba á salir á la calle.

—Narcisa—la dijo,—he determinado pasar una temporada en nuestra posesion de la Rioja. ¿Qué te parece?

—Perfectamente. ¿Si es tu gusto!

—¿Con que lo apruebas?

—¿No he de aprobarlo?

—Quiero respirar el aire puro del campo: en este Madrid me ahogo. Luisito tambien necesita reponerse.

—Sí, sí, tienes razon; el pobre niño está en los huesos desde la última enfermedad.

—Corriente; puesto que nos acompañas, puedes ir arreglando el equipaje.

Narcisa hizo un mohín de disgusto.

—No, yo no he dicho que os acompañaré; me es imposible. Además, ¿quién se queda al frente de la casa? exclamó al punto.

—¡Psit! Levantaremos casa.

—Es una locura, Márkos.

—Todo lo contrario, hija mia; lo he meditado bien, y creo firmemente que conviene á nuestra salud y á nuestros intereses.

—Pero señor, ¿qué ocurre? ¿Acaso has perdido en algun negocio?

—No es eso.

—Entonces, no adivino tu idea, á no ser que te propongas que nos muramos allí de aburrimiento, sin otra sociedad que los pájaros y media docena de palurdos.

—¿Y yo? ¿Y tus hijos?

—Por otra parte, ¿cómo salgo yo de los compromisos que tengo contraidos?

—¿Compromisos de qué?

Narcisa pensó un poco la respuesta, y dijo:

—A fines de junio he de ir con Loreto y Eladia á Biarritz, aquel clima me prueba, y les he dado palabra de acompañarlas.

—Bien; de aquí allá veremos.

Filomena interrumpió el diálogo del matrimonio, para entregar á su amo una carta.

Abrióla Márkos, enteróse del contenido y dijo á la doncella:

—Diga usted al que la ha traído, que la señora está enferma y no puede ir.

Salió Filomena, y Narcisa preguntó á su marido que de quién era la carta.

—Es de doña Segunda, que te esperaba para asistir á las conferencias.

Volvió Filomena, anunciando á Valentin. Márkos dió igual respuesta que á la carta de doña Segunda, preguntando en seguida á Narcisa:

—¿Quién ha presentado aquí á ese trasto?

—Es primo de Loreto, y vendrá de parte de ella á ver si hemos descansado.

—¡Vaya un mozo cumplido! observó Márkos.

Narcisa le miró fijamente, como para interrogarle acerca de su conducta, y luego bajó los ojos, adivinando tal vez en el gesto de aquel las razones que la justificaban. La seriedad de Márkos la sorprendió y la afligió un tanto.

A guiarse por su primer impulso, hubiérase rebelado iracunda contra la desusada autoridad de su marido, que entonces le pareció despótica en sumo grado; pero este primer impulso estrellóse ante el aspecto cada vez mas grave de Márkos, á quien, con la idea quizá de desarmarlo, preguntó con acento de dulzura:

—¿Estás quejoso de mí? ¿He cometido alguna falta?

—Sí, respondió él lacónicamente.

—Dímela, pues, para enmendarme.

Narcisa hablaba con sinceridad: no era mala, era frívola, y lo sano del corazón compensaba en ella con usura lo débil de la cabeza.

Márkos entregó el anónimo á su mujer: leyóla Narcisa, toda trémula, cubiertos sus ojos de lágrimas, y de mortal palidez el rostro. Pasaron algunos instantes, y repuesta de su agitacion, dijo:

—¡Miserables! ¿Qué modo de interpretar los actos mas inocentes y mas sencillos! ¿Y tú has podido creer...

—Nada he creído; yo sé la mujer que tengo, y porque lo sé, deseo que tu misma delicadeza ofendida busque remedio al mal que engañosas apariencias han causado en ella.

Narcisa estrechó las manos de su marido, y exclamó de repente:

—¡Gracias, Márkos, gracias! hoy mismo, si quieres, partiremos para la Rioja.

—He variado de modo de pensar; tu respuesta me tranquiliza. Veremos si guardando tambien, por su parte, la colmena el colmenero, hay osos que se atrevan á ella.

Luego añadió, desarrugando completamente el ceño:

—Narcisa, ¿quieres oírme un sermón?... Sí quieres; veo que tu mirada me responde afirmativamente, y por tanto, comienzo. Hay un antiguo proverbio que dice: *la mujer del ciego, ¿para quién se afeita?* Con este proverbio se vitupera la manía de la libertad y el adorno escesivos en las casadas, las cuales, por razon de su estado, se hallan en el deber de consagrarse muy principalmente á conservar vivo el amor del esposo que han elegido, y al cuidado de la familia, pues de lo contrario, las apariencias hacen creer que hay empeño en agradar á los extraños en perjuicio de los propios. Si yo fuera poeta, diria que la mujer casada no debe mirarse en otro espejo que en su marido, ni menos convertirse en espejo para que todos se miren en ella: con que la imagen de su marido se copie en él, esto es, en su alma, basta. No pretendo yo, y hartas pruebas tienes de ello, que la mujer sea una esclava y que se apolille por falta de aire; pero el teatro de sus triunfos mas legítimos no es la Castellana, ni el salon de la *soirée*, ni la tienda de la modista, ni el Real, sino el recinto del hogar; y me parece que la que al título de esposa, une la dicha y la gloria de la maternidad, no perderia nada en privarse alguna vez de oír la voz de una operista por el placer inefable de oír la de los hijos, ni en aligerar su *toilette* por esmerarse en el cuidado de la prole

ESCENAS DE LA VIDA CONYUGAL.



—¿Dónde vas, esposa amada?
—A lucir el traje nuevo.
—Mas oye...—¡Jesus, qué posma!
—¡Gloria de mis ojos!...—Vuelvo.

Ten por cierto, que lo que no gane en el corazón de un marido cuerdo una mujer prudente, con el atractivo de sus virtudes, menos lo ganará con los aditamentos que cada ocho dias ordena y manda *Le Petit Courrier des dames*. He dicho.

Narcisa repitió entonces:

—Tambien yo he dicho: mañana partiremos para la Rioja.

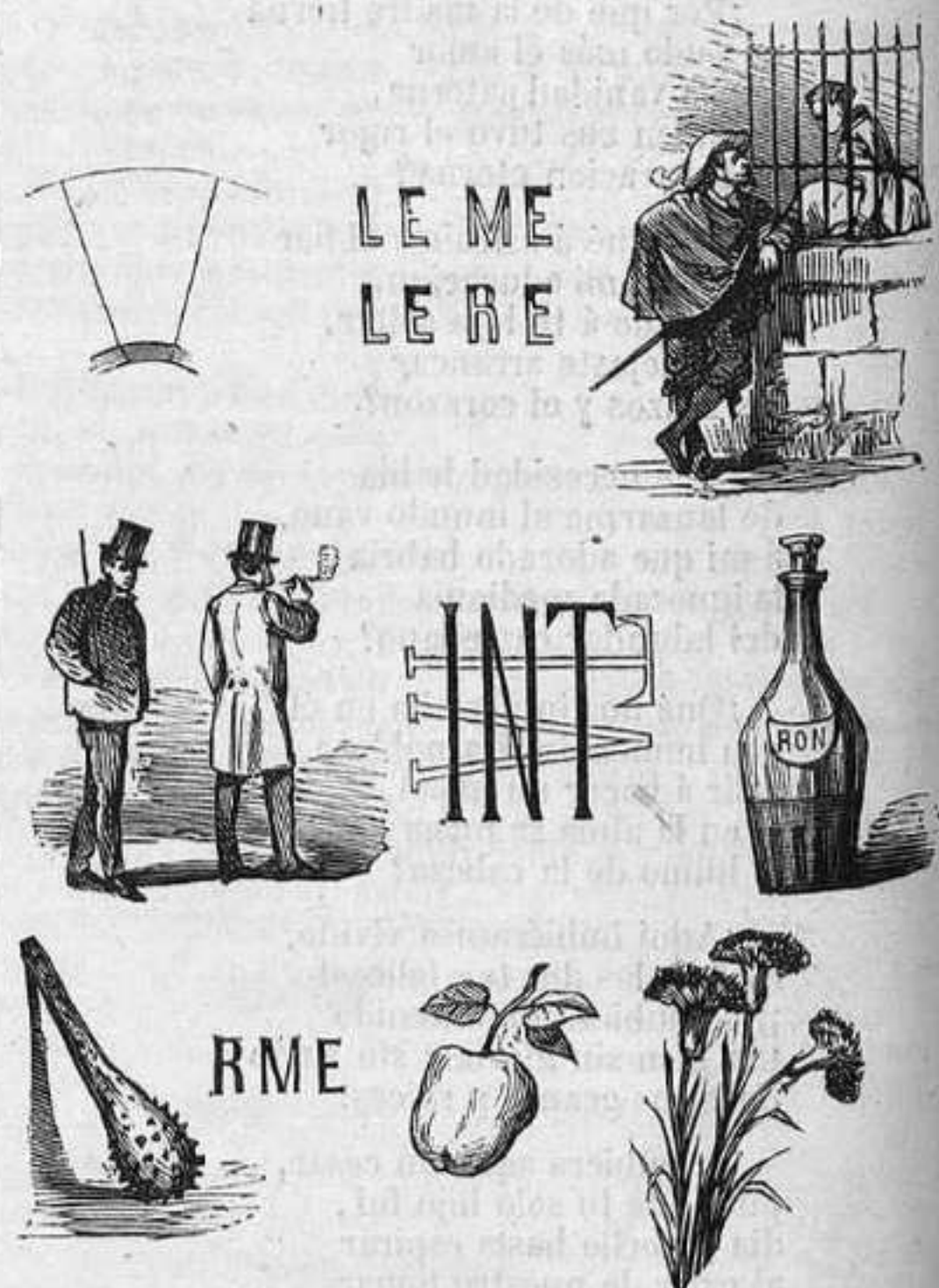
—¡Pero hija!...

—Ahora es empeño mio.

—Comprendo: quieres á la mala costumbre quebrarle la pierna? Pues... *amén*. ¡A la Rioja!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ GASPÁR.
IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.